

Apenas pues los nuestros poseían
Los altos y postreros reventones,
Cuando tras ellos vieron que venían
Desnudos y atrevidos escuadrones,
Que de diversas partes descendían
Con armas y dañadas intenciones,
Haciendo que con mas furia se muevan
Ver que se van y ver lo que les llevan.

Los que mas dieron mas se señalaban
En ánimo y en dar paso lijero,
Para con fin de los que lo llevaban
Cobrar por fuerza de armas el dinero;
Pero para llegar adonde estaban
Habian de subir por contadero,
Porque el espacio desta serranía
Por otra parte no les daba vía.

Nuestras gentes estaban descansadas,
Puestos a punto tiros de ballesta,
Y prestos los escudos y celadas,
Hoja desnuda y en la mano presta,
Muchas galgas de piedras allegadas
Para saltallas por la baja cuesta,
Y por tener el alto lugar fuerte
Ningun temor tenían a la muerte.

Los indios a las faldas del altura
Y congregado número sin cuento,
Por las ásperas sendas se procura
Subir, y suben con gentil aliento;
Mas por perseverar en su locura
Muchos dellos ovieron fin sangriento
Con crecido peñasco que rodante
Barria los opuestos por delante.

El cual con aquel impetu violento
Rompió de tal manera cuanto halla,
Que quedaron sin vida mas de ciento
Y derribada mucha mas canalla:
Al modo de terrible rompimiento
En grave y asperísima batalla,
Donde caen los muertos y los sanos
Y unos quedan sin piés y otros sin manos.

Visto su mal principio de contiendas
Con gentes tan mañosas y atrevidas,
Determinaron de volver las riendas
De seguir los alcances despedidas,
Y mas quisieron no cobrar haciendas
Que perder las haciendas y las vidas:
De manera que nuestros peregrinos
Prosiguen sin estorbo sus caminos.

Llegaron a Bongay y entraron dentro:
Conocen ser la tierra mas amena,
Mas apercibense para recuento,
Por ver de gentes la zavana llena;
Pero de paz salieron al encuentro,
Escarmentados en cabeza ajena;
Dieron presentes, y el rescate hecho
Fué de veinte mil pesos el provecho.

Vista la presa pues no ser angosta,
Antes digno caudal de ser guardado,
Del valle se partieron por la posta
A fin de lo poner a buen recado;
Finalmente salieron a la costa,
Y fueron a su puerto deseado,
Donde la gente dél se hizo presta
Para los recibir con grande fiesta.

Descansaron después en la marina
Algun tiempo, que fueron pocos días;
Pero cebados en la gotosina
Del oro que les daban rancherías,
El buen Pedro de Lerma determina
Salir a descubrir por otras vías,
Y con trescientos hombres y el bagaje
La costa abajo hacen su viaje.

Soldados de valor son todos ellos,
En guerra cada cual ejercitado;
Acia Chinila van guiando huertos
Por bosque que hallaban despoblado;
Don fray Tomás Ortiz iba con ellos,
Primer obispo ya conmemorado,
Al cual ya parecían pasos malos
Aquellos que carecen de regalos.

Demás de ser la tierra no bien sana,
Antes de tal calor que los abrasa,
Mas al fin fueron a provincia llana,
Que llamaron Caribes, tierra rasa,
No porque allí comiesen carne humana,
Mas porque defendían bien su casa;
Y así hicieron diez caballos menos
Y diez y seis soldados de los buenos.

Porque ponían cautelosamente
Preseas a las puertas do moraban,
Y al tiempo del tomar, incontinente
Los que vivían dentro los flechaban;
Y ansimismo mataron mas de veinte
De los amigos indios que llevaban,
Que para les servir iban de Bonda
Y otros pueblos que hay a la redonda.

Quando tomaron la ciudad primera
Desta provincia castellanaz lanzas,
Estaban muchos moradores fuera
Ocupados en casas y labranzas;
Mas son de viva voz los recupera,
Volviendo los deseos de venganzas,
Y viéronlos venir los peregrinos
Que velaban entradas y caminos.

Tocaron arma para subyetallos,
Y suenan las trompetas con su canto;
Salieron al encuentro los caballos
A los indios poniendo gran espanto,
Dejándose caer por no mirallos,
A causa que no vieron otro tanto;
Y así prendieron a cuarenta dellos,
Poniéndoles prisiones en los cuellos.

Y destos uno para ser gigante
Naturaleza no lo hizo falto,
En la ferocidad y en el semblante,
En miembros, lijereza y en el salto;
Y en altor de los brazos adelante
Era sobre los altos muy mas alto,
Y de los españoles los mas hechos
Apenas le llegaban a los pechos.

Aqueste solo hizo resistencia
Y se mostraba ser lozano gallo;
Mas volvió sus furoros en paciencia,
Viendo sobre sí tantos de caballo:
Aprisionáronlo con diligencia,
Y muchos hombres fueron en guardallo;
Y allí con voz que gran temor ponía
A los presos con él reprehendía.

Deciales así: «Flacos villanos,
A quien su propia cobardía daña,
Tantos en escuadron y a mi cercanos,
¿Cómo nunca supistes daros maña
Y me dejastes solo y entre manos
De gente que os constaba ser extraña?
Pues con uno que espaldas me hiciera
Nadie me subyectara ni riudiera.»

» Antes a no perder mi fuerte maza
Por vuestra culpa, tales ocasiones
Ella diera, tan buen orden y traza
En machucar cabezas de ladrones,
Que de cuantos estaban en la plaza
Solamente quedarán los troncones,
Y todos sin tomar ningunos presos
Rociaran la tierra con sus sesos.»

Los bárbaros amigos que lo vían
En enojo y furor tan encendido,
Por algunos vocablos coligian
De las palabras dichas el sentido;
Y como su venganza pretendían
Por ocasion del daño recibido,
Pidieron al gigante por su suerte,
Para vengarse dándole la muerte.

Pedro de Lerma, por les dar contento,
Mandóles entregar el indio luego,
Muy fuera de cristiano sentimiento,
Pues no dejó de estar en esto ciego:
Asieron dél gaudules mas de ciento
A quien se hizo del gaudul entrego,
Y brazos, piés, molledos y garganta
Amarraron a una gruesa planta.

Estas crüeles diligencias hechas,
Atado por mil vías al madero,
Aperciben los arcos y las flechas,
Y el misero servía de terrero,
Donde sin desviar iban derechas
Al beneplácito del ballestero,
Estremeciéndose con los dolores,
Y el árbol ansimismo da temblores.

Con esta crüeldad dicha de suso
Le clavan pechos, brazos, coyunturas,
Mas él con el dolor tal fuerza puso
Que quebró las espesas ligaduras,
Y a pelear con todos se dispuso,
Sacando de sí mismo flechas duras,
Con puntas de las cuales ansimismo
El envió contrarios al abismo.

Pues aunque ya traía traspasado
De heridas mortales mortal vaso,
Tras ellos iba tan encarnizado
Como bravo leon en campo raso,
Al tiempo que se halla rodeado
De los que por allí pasan acaso,
Y si le pican se desembaraza,
Y a cualquiera que toma despedaza.

Desta manera fué rompiendo venas
De los que van huyendo del portento,
Hasta que de las frágiles cadenas
Hizo separacion vital aliento,
Para morar en las eternas penas,
Llevando cuatro muertos al tormento,
A quien él antes desta su partida
Hizo que se partiesen de la vida.

En la ciudad el resto de la gente
Jamás quiso salir de sus moradas,
Y defendían valerosamente
No ser de los extraños saqueadas,
Hasta tanto que fuego mas ardiente
Se las hizo dejar desocupadas;
Prendieron muchos en aquel estrecho,
Sin que tomasen cosa de provecho.

Por mucha diligencia que se puso
En trastornar alhajas del vecino,
No se halló cerrado ni recluso
Punta de oro bajo ni de fino,
Por no tener aquellas gentes uso
De lo que causa tanto desatino:
Solamente sus bienaventuranzas
Eran las sementeras y labranzas.

Destas era provincia proveída
Y por todos espacios bien poblada:
Gente lozana, blanca, bien fornida
Y a su defensa muy determinada,
Y así la nuestra no fué recebida
De paz, ni puso miedos el espada,
Ni de sus pueblos, vista su presencia,
Determinaron de hacer ausencia.

Era para poblar de gran sustancia,
Si cayeran entonces en aquesto;
Mas como luego no viesen ganancia
Y tuviesen el riesgo manifiesto,
Salieron no con poca vigilancia
En busca de terreno mas compuesto,
Para que con aumento de despojos
Se templasen los bélicos enojos.

Caminaron con orden conviniente,
Sin que ninguno dellos se desmande,
Y con deseo ya de ver la frente
De guía cierta que con ellos ande:
Un día dieron repentinamente
En aquel que llamaron rio Grande,
La distancia del cual de orilla a orilla
No les causó pequeña maravilla.

Holgáronse de ver en sus riberas
Diversidad de árboles sombríos;
Entretejidas grandes cañaveras,
Que suelen ser ornatos de los rios;
En partes estendidas sementeras,
Por las aguas frecuencia de navios,
Que son, según dejimos, unos leños
Cavados, palos grandes y pequeños.

No faltó poblacion ni faltó puerto
Que por allí les vino muy a pelo,
Y no dejaron de tener por cierto
Ser rio que cubría tanto suelo,
El que por mar había descubierto
El portugués Hierónimo de Melo;
Por cuyo curso, yendo bergantines,
Descubrieran tierras muy insines.

Por orden del caudillo que los manda,
Luego fueron en busca de buhios,
Y el cumplimiento ven de su demanda,
Pues los hallaron, pero ya vacíos
De moradores, que por otra banda
Apresurados van con sus navios,
Donde llevaban todos sus haberes
Con prendas de hijuelos y mujeres.

Mas aunque no tenían indios presos,
Todavía de lo que les restaba
Olieron los ventores y sabnesos
Copia de oro fino que pesaba
En cantidad de mas de diez mil pesos,
Muestra que mucho mas adivinaba:
Con el cual cebo nuestras compañías
Allí gastaron diez ó doce días.

Entre tanto que allí se detenían
E guías de la tierra se tomaban,
Muchos indios amigos que traían
En aquel amplo rio se bañaban;
Pero cuantos entraban no salían,
Antes la mayor parte se quedaban,
Y con ser escelentes nadadores
Siempre desaparecían los mejores.

Hallábase la gente descontenta,
Ansi soldados como capitanes,
Y a ningun español se representa
La causa ni razon destos desmanes,
Hasta que ya cayeron en la cuenta
De voraces lagartos ó caimanes,
Fiero dragon y acuática serpiente,
Que hasta hacer presa no se sienten.

Esta bestia crüel parece muerta
En el agua y a modo de buhio,
Pero para hacer su presa cierta
No puede gavilán ser mas lijero:
Va por turbias orillas encubierta
Adonde cogen agua ó lavadero,
Y aun sin sacar del agua la ventrechita
De los que suenar fuera se aprovecha.

Pues como huelva que por la ribera
Anda bárbara gente ó española,
Si no puede cazar de otra manera
Procura hacer presa con la cola,
Que con pesado golpe saca fuera,
Y es tal, que bastara con ella sola
A llevar plantas gruesas arraigadas,
Cuanto mas a personas descuidadas.

Son en estas astucias tan continos,
Que aunque viven con miedo del engaño,
Todos aquellos bárbaros vecinos
Reciben destas bestias mucho daño;
Pues son en se lavar cueros marinos,
Y las corrientes aguas es su baño,
Y es su recreacion y policia
Lavarse muchas veces en el día.

Algunos indios por guarida cierta
Hacen dentro del agua palizadas,
Para que por allí no halle puerta,
Y ellos tienen por tierra sus entradas;
Mas natural instinto que despierta
Al caimán en las noches mas cerradas,
Entrase por la puerta que está fuera,
Y cubierto con agua los espera.

No para que el entrada les defienda
El crüel alguacil, mas la salida
Procura de estorbar, porque se entienda
Ser su jurisdiccion la tal guarida;
Y así cuando se bañan le dan prenda
Que no les cuesta menos que la vida,
Y él para confirmar sus malas mañas
Les da por aposento sus entrañas.

Alguna destas bestias hay que tiene
A veinte y aun á treinta piés de largo ;
A tierra sale cuando le conviene ,
Y un indio vide yo quedar amargo ,
Que por sacar cangrejos se detiene
En playa do le dimos este cargo ;
El cual estaba tan embebecido
Quel lagarto llegó sin ser sentido.

A los gritos acude gran gentío ,
Y él de la presa no bien enterado
Volvió los pasos al cercano río .
Que estaba breves pasos apartado ;
Quedando del sangriento desafío
El misero gandul tan mal parado ,
Que puesto caso que no faltó cura
Vi que su vida fué de poca dura.

Pero por cierto suerte fué galana
La que supo hacer un Andresillo ,
Por librar su mujer llamada Juana
De boca del vorace cocodrilo ,
Que como viese mano que cercana
En el río hinchese cantarillo ,
Asióle della con su duro diente
Y tras sí la llevó lijeramente.

Oyendo los clamores y la grita ,
Y viendo que le lleva su querida ,
El osado zagal se precipita
En la profundidad por dalle vida ,
Y dentro de las aguas se la quita
Sin que pudiese dalle mas herida ;
Porque con un machete que tenía
Los ojos al caimán entorpecía.

No perdió los manjares de su mesa
Por cobardia, porque tiene poca ;
Pero por no quedar con vista lesa
Cuando fuerza menor allí le toca ,
Con temor y dolor suelta la presa
Del cruento sepulcro de su boca ;
Pues con ser animal feroz, rabioso ,
Es siempre de sus ojos temeroso.

Muchos afirman este devaneo ,
O verdad de que yo soy ignorante ,
Y que para tan áspero torneo
Este remedio dicen ser bastante ;
Pero yo ciertamente no deseo
Necesidad de prueba semejante ,
Aunque cierto español con estas mañas
Se libró de no ir á sus entrañas.

Alonso Sanchez este se decía ,
De Murcia natural y allí nacido ,
El cual en aquel tiempo que venia
Gente por descubrir este partido ,
Para juntarse con la compañía
De quien habia sido dividido ,
Por no quedar allí le fué forzado
A riesgo de morir pasar á nado.

Llevando presurosa la carrera ,
Y de la concluir no sin antojos ,
Voracísima boca de la fiera
A su vientre le quiso dar despojos :
El viéndose tractar desta manera
Acude con los dedos á los ojos ,
Con la cual prevencion el sin ventura
Se libró de la viva sepultura.

Hiende las aguas con veloce mano
Por poderse hallar en el orilla ;
Mas antes que se viese tan cercano
Que la tomase por segura silla ,
La sierpe por las carnes del cristiano
Hincó dos ó tres veces la mejilla ,
Y el español con lo que ya sabia
Con gran valor de sí la despedía.

Al fin pudo salir, mas de tal arte
Y la misera carne tan rompida ,
Que diligente cura no fué parte
Para podelle dar alguna vida ;
Pues luego que topó nuestro estandarte
Fué el alma de las carnes despedida ,
Habiendo ya limpiado su conciencia
Con sacramento de la penitencia.

Poco después otro gentil soldado ,
Delante los demás desta conquista ,
Cierta rio tentó pasar á nado ,
Y en presencia de todos y á su vista
Fué de cruel caimán arrebatado :
Hay quien lo ve, mas no quien lo resista ;
Pide favor , y nadie favorece ;
Zabúllese con él , y desaparece.

Pudiéramos contaros maravillas
De la braveza deste serpentino ;
Mas bien será decir de Juan Varillas
Y Martín Sanchez, hoy nuestro vecino ,
Que vieron un caimán en las orillas
Del agua por do guían su camino ,
Al cual tiran y dan con un espada ,
Por no perdella con cordel atada.

Luego con furiosos accidentes
Feroz arremetió con la canoa ,
Y con aquellos espantables dientes
Asió de los remates de la proa ;
Asombráronse desto nuestras gentes
Con pesar de que la roa ,
Porque cuanto mordió la bestia fiera
Otro tanto sacó de la madera.

El en efecto es boquirasgado ,
Sin lengua, con dos órdenes de dientes,
De durisimas conchas rodeado ,
Los piés no de lagarto diferentes :
Es largo de hocico y abusado :
Son astutas y cálidas serpientes ;
Tigre los acomete si los halla
En tierra, y es de ver esta batalla.

Porque el pintado tigre lo rodea
Con presurosos saltos y lijeros ,
Defendiéndole el agua que desea
De rios, de lagunas ó de esteros ,
Y clávale durante la pelea
Con las uñas las conchas y los cueros :
Da muestras el caimán de su braveza ,
Aunque le falta presta lijereza.

Mas abre las durisimas quijadas ,
Hace sus diligencias y se enhiesta ,
Dando tan sonoras tenazadas
Como tarasca dia de la fiesta ;
Da vueltas con la cola tan pesadas ,
Cuando para herir la hace presta ,
Que si con ella diese, por enmedio
Al tigre partiria sin remedio.

Y si en el arsenal ó seca plaza
El tal tigre gozó de vencimiento ,
Arrastra luego la pesada caza
A montuosa cueva y aposento ,
Adonde la desconcha y despedaza
Para satisfacer pecho hambriento ;
Mas si pasar el río le acontece
El caimán es allí quien prevalece.

Porque suele la maculosa fiera
Muchas veces pasar una corriente
A nado, para ver parte frontera ,
Que de caza será mas conviniente ;
Mas si caimán lo ve por su ribera
Subyéctalo en el agua fácilmente ,
Y no tiene dudoso vencimiento ,
Sino cierto, por ser en su elemento.

Y así cualquiera dellos ha por buena
La pelea del puesto do se cria :
Quel tigre pasa el río con su pena ;
Y el caimán, si del agua se desvia ,
O para desovar en el arena ,
O ya para dormir al sol del dia ,
De la manera dicha se aprovecha
El tigre, cuando ve su suerte hecha.

Los huevos como de ánsar y mayores
En el arena deja sepultados ,
Adonde con la fuerza de calores,
Sin los ver el caimán, son animados :
Toman en ellos gustos y sabores
Los indios, aunque sean empollados ,
Y aun si lo matan, como cosa buena ,
De carne del caimán hacen su cena.

Y también en hambrienta pesadumbre
Alguna vez le fué manjar aceto
A quien nunca lo tuvo de costumbre
Ni pensó de se ver en tal aprieto ;
Pero la hambre pone dulcedumbre
En lo que careció de tal efecto :
Aconteció también desta comida
Quedar no pocos hombres sin la vida.

No vino sin aqueste detrimento
Campo del español en la jornada
Que entonces hizo del descubrimiento
De aqueste nuevo reino de Granada ,
Cuando por falta de mantenimiento
La gente se sentia fatigada
Junto del río Grande, donde agora
Llaman los cuatro brazos y la Tora.

Alli para pescar mas á provecho ,
Un Juan Rodriguez Gil con un anzuelo ,
Con temor del caimán que por asecho
Al que se descuidó pescó de vuelo ,
Había cierta barbacoa hecho
Dos varas de medir alta del suelo ,
Pareciéndole que por esta vía
Ningun riesgo de muerte correría.

Llegóse con las aguas ocultado
El vorace caimán á la ribera ,
Y embistiendo con ellas el tablado ,
La cautelosa cola sacó fuera ,
Dando con ella golpe tan pesado
Que derribó por tierra la madera :
Al instante volvió la boca brava ,
Mas no pudo pescar al que pescaba.

Pues aunque se mojó con la tormenta
Del agua que el caimán echó por alto ,
No le tocó la cola con que tienta
Para cebar la boca hacer salto ,
Y el Juan Rodriguez hoy dia me cuenta
Cómo turbado deste sobresalto ,
Con las manos y con los piés estriba ,
Huyendo dél por la barranca arriba.

Después que derribó la barbacoa ,
Viendo que le faltó tan buen bocado ,
El cuerpo descubrió como canoa
No lejos de la orilla sobre aguado :
Acude luego Cristóbal de Roa ,
En puntería bien ejercitado ,
Y con el fuego que otras armas cala
En las entrañas le metió la bala.

Al profundo del agua se metía ,
Y brevemente se mostraba fuera ;
La cola y la cabeza revolvia
Como si con alguno compitiera :
Finalmente, lo vieron otro dia
Ya muerto y al través en la ribera ,
Con un olor de almizcle que dél nace
Pesado ya por ser tan eficaz.

Fué luego por el español abierto
Para lo sepultar en el archivo ,
Pero por el hambriento desconcierto
El dragon se mostró vindicativo ,
Matando muchos mas después de muerto
Que pudiera matar estando vivo ,
Porque sobre sesenta perecieron
Que de las carnes del caimán comieron.

Pudiéramos, contando semejantes
Trabajos, consumir algunos dias ;
Mas quierome volver adonde antes
Dejé las españolas compañías ;
Las cuales ya del río van distantes ,
Procurando volver mediante guías
Al mar de Santa Marta y á su tierra ,
Atravesando la cercana sierra.

Alguna poblacion se descubria ,
Y algun oro del bárbaro vecino ,
Mas para bestias por ninguna vía
Pudieron hallar cómodo camino ;
Y así volvieron por do ya sabia
Sus dormidas el campo peregrino :
Vieron su Santa Marta deseada ,
Pero halláronla toda quemada.

Pues como fuese fábrica pajiza
Y del calor sequisimas las pajas ,
Con ventoso furor que las aliza
(Y allí son mas continas sus ventajas)
Presto se convirtieron en ceniza
De unos y de otros las alhajas ;
Pero recién venidos destas gentes
Perdieron mucho mas por ser absentes.

Pues no les escaparon vestidura
Ni aun otras cosas de valor mas lleno ;
Y es así cierto que con la presura
Quel viento causa y el ardiente feno ,
La mejor amistad al fin procura
Sacar antes lo suyo que lo ajeno ,
Cuanto mas que quien algo sacar pudo
Quedó menos vestido que desnudo.

Por levantarse grande torbellino
A medio dia con nordeste viento ,
E ir todos á casa del vecino ,
Donde fué su primer encendimiento
Cocina de un Armentia, vizcaino ,
Destas casas la mas á-barlovento ;
Y así cuando volvían á sus casas
Los demás las hallaban hechas brasas.

Díceme pues la compañía vieja
A queste fuego ser red barredera ,
Que toda la ciudad hizo pareja ,
Porque tan solamente quedó entera
La del gobernador por ser de teja ,
Y estar también un poco mas afuera :
En los cuales incendios contractantes
Perdieron mercancias importantes.

Vista la destrucción y perdimiento ,
El sabio general puso la frente
En proseguir aquel descubrimiento
Para restauracion de aquella gente ;
Mas porque yo me hallo sin aliento ,
Determino, primero que lo cuente ,
Tomar algunas horas de sosiego ,
Y en descansando yo volveré luego.

CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos dias que llegó á Santa Marta, salió á descubrir tierras nuevas con algunas guías que trajo de los Caribes.

Origen fué de grandes perdiciones
Para los pobladores de algun puerto
Faltar á los principios intenciones
De poner en juridico concierto
Aquellas grandiosas poblaciones
Que con sudor habian descubierto ,
Parando solamente sus deseos
En el provecho vil de los rancheos.

Pues absortos en esta golosina ,
Lejana de quieta providencia ,
Ninguno por allí se determina
A la perpetuidad y permanencia ,
Antes sus intenciones encamina
A muertes, robos, sacos y violencia ,
Sin que gobernador hiciese cuenta
De poblar, repartir y tener renta.

Y así también sin estos pensamientos
Sacó Pedro de Lerma sus soldados ,
Que fueron todos mas de cuatrocientos ,
Valerosos y bien aderezados
De todos militares ornamentos ,
Con mas de cien caballos estremados ,
Siguiéndolo la gente mas granada
De la que con él vino del entrada.

Mas el obispo, lleno ya de saña ,
No quiso reiterar estos caminos ,
Viendo cómo se daban mala maña
Para se convertir indios vecinos ;
Antes determinó volver á España
Con buenos granos de veneros finos ,
Donde por apartarse de consejas
No quiso mas volver á sus ovejas.

Mas el Pedro de Lerma diligente
La costa arriba hizo su corrida
A la Ramada, parte conveniente
Para llegar a tierra bastecida;
Y en el valle de Upar metió su gente,
Provincia ya de todos conocida,
Caminando por entre las dos sierras
Hasta que descubriesen nuevas tierras.

Muchos señores desta gente ruda
Salían con pacífico semblante
Dándoles el socorro y el ayuda
Que pretendía nuestro caminante:
Llegan a Pacabuey, gente desnuda,
Aunque provincia rica y abundante;
Caminan hasta ver playa y arena
Del río grande de la Magdalena.

Cuyas riberas el cristiano bando,
Cebados en olor de ricos dones,
Fué por algunos días costeanado,
Y descubriendo muchas poblaciones,
De las cuales algunas, recelando
Mañas y sutilezas de ladrones,
A la contraria banda destos ríos
Huían con sus joyas y atavíos.

Alguna gente menos recatada
Por algunos respetos les parece
Ser mejor no salir de su morada,
Antes buen amistad y paz ofrece,
Y aquesta por los nuestros fué guardada,
Cosa que pocas veces acontece;
Mas no tomó la gente castellana
Sino lo que ellos daban de su gana.

Allí mediante paz se rehacían
De cosas necesarias al camino,
Y de los comarcanos acudían
A ver a nuestro campo peregrino,
De los cuales algunos ofrecían
Preseas de oro bajo y oro fino;
También daban noticia que adelante
Había tierra rica y abundante.

Antonio de Lebrija con Berrío
Hicieron su corrida mas prolija
Con algunos soldados de buen brio
Para poder tener nueva mas fija,
Y entonces descubrieron aquel río
Que de su nombre llaman hoy Lebrija,
Y allí todas las gentes descubiertas
Decían que las nuevas eran ciertas.

Afirmaban haber a las vertientes
De las sierras que lejos parecían
Crecidas poblaciones, cuyas gentes
De telas de algodones se vestían,
Con otras circunstancias convenientes
A los que tierras nuevas inquirían;
Mas por no los creer ó por locura
Perdieron una buena coyuntura.

Pues como ya tuvieron recogido
De joyas y preseas algun grano
Con que se mejorase su vestido,
Determinan volver al Oceano:
Apartando, según después se vido,
Aqueste nuevo reino de la mano,
Y pudiendo seguir tales carreras
Entonces por provincias mas enteras,

Y con gente de guerra mas cursada
En la necesidad y en rompimiento,
Pues para cualquier áspera jornada
Uno valía tanto como ciento;
Pero con todo eso descuidada
De se perpetuar en un asiento,
Sino siempre con torpe golosina
De robar y volver a la marina.

Adonde lo ganado con quebranto
Perdía tracto poco virtuoso;
Pero de Pedro de Lerma me espanto,
Mozo valiente, diestro y animoso,
No querer ver lo que loaban tanto,
Siendo de cosas grandes codicioso:
En efecto, con ser gente bastante,
No quisieron pasar mas adelante.

Volviéron a la mar, y dada cuenta
De lo que les había sucedido,
Y en juegos, en amores, compra y venta,
El despojo robado consumido,
Como no poseyesen otra renta
Sino la que cogían del vencido,
En consulta comun han acordado
Volver a buscar lo vendimiado.

También para ver tierras no sabidas
Y riquezas del bárbaro vecino;
E ya teniendo todos prevenidas
Las cosas necesarias al camino,
Hubo ciertas palabras desabridas
Entre los Lermas dos, tío y sobrino,
Por un fulano Sanctos de Saavedra,
Que después mala muerte fué su medra.

Al fin el sinsabor desta penitencia
Al sobrino le pudo dar abierto
Camino para le pedir licencia
Para poder salirse deste puerto,
Y el tío se la dió sin advertencia,
Pensando su designo ser incierto;
Mas el Pedro de Lerma con coraje
A tierras de Pirú hizo viaje.

Acompañólo gente valerosa
Que gastaron allí hartos oteños:
Fué Lorenzo de Aldana y Hinojosa
Y aquel bravo leon Rodrigo Orgoños,
Y quisieran, según iba la cosa,
Irse soldados viejos y bisoños;
Mas el gobernador les puso freno
Por no desamparar aquel terreno.

Sobrello castigaron atrevidos
Con penas y castigos diferentes;
Mas los cuatro que tengo referidos
Llegaron a Pirú con otras gentes:
Son de Almagro y Pizarro recibidos,
Honrándolos con cargos eminentes,
Y después en sus bandos y cuestiones
Cada uno siguió sus aliciones.

Orgoños por sus fuerzas y prudencia
Fué maese de campo del Almagro;
Cuyo valor no tuvo resistencia
En lo que se juzgara por mas agro,
Y en cualquiera sangrienta competencia
Su brazo hizo cosas de milagro;
Y así de su virtud y de su lanza
Almagro hizo grande confianza.

El Lerma no fué menos estimado
Del Pizarro, que mucho lo quería,
Pues por su general salió nombrado,
Y en el cargo mostró su valentía:
Después dieron a Alonso de Alvarado
El honoroso cargo que él tenía,
Por cuya causa Lerma, de corrido,
Siguió con el Orgoños su partido.

Diego de Almagro hizo del gran cuenta,
Por ser sus obras de todo bien dinas;
Después como batalla se presenta,
Con las entrañas ya luciferinas,
Orgoños vió su fin en la sangrienta
Batalla que se dió de las Salinas,
Y al Lerma mal herido y en su lecho
Acabó Samaniego por asecho.

Pero volvamos a Santa Marta,
Porque nuestro designo se concluya,
Donde tenían vigilancia harta
En que la demás gente no se huya;
Y así el gobernador hizo que parta
Luego la mayor parte de la suya,
A describir por tierra y con navios
Por aquel río Grande y otros rios.

Un Juan de San Martín capitán era,
Y Juan de Céspedes ni mas ni menos,
Con ciento y diez soldados, que cualquier
Podían igualar a los mas buenos;
No se llegaron mas en esta era,
Por haberse huido destos senos
En barcos y navios, a la fama
Que de Pirú por Indias se derrama.

Fué Sanctos de Saavedra bullicioso
Nombrado capitán de macheteros,
Para que por el bosque tenebroso
Abriese los caminos y senderos;
También para pasar lugar acuoso
Determinan llevar barcos lijeros,
Pues por el río Grande y sus orillas
Han de comunicar ambas cuadrillas.

Tres barcos llevan para tal socorro
Y para se valer con menos daño,
Y para que detrás de punta ó morro
Sean a los de tierra desengaño;
Son Alonso Martín y Juan Chamorro
Capitanes, y Rodrigo Liño:
En efecto la principal demanda
Era poder pasar a la otra banda.

Porque tenían ya noticia buena
Que la tierra cercada de dos rios,
El de Cauca y el de la Magdalena,
Se hollaba de grandes señorios,
Y cualquier poblacion estaba llena
Del pálido metal que son sus pios;
Y aun el día de hoy aquel camino
Es una pura pasta de oro fino.

En este tiempo vino por prelado
Un don Alonso de Robles, cristiana
Persona, y hombre bien intencionado
Consuelo desta gente castellana;
Trajo por provisor cierto letrado
Que llamaban el bachiller Viana,
Clérigo grave, buen estudiante,
Y para gobernar hombre bastante.

Aderezado pues lo conveniente
De caballos y militar arreo,
El clérigo Viana que presente
Se deseaba ver en el rancheo,
El Lerma lo nombró por su teniente,
Conociendo ser este su deseo:
Coadyutor Cristóbal de Quiñones
Para las criminales ocasiones.

La costa bajo van con gente poca,
Y no bien proveída la mochila,
Los barcos a meterse por la boca
Del río que otros rios recopila;
Y el escuadrón de tierra se convoca
Para cortar a tierras de Chimila,
Y desde allí pasar por gente blanca
Hasta poder llegar a la barranca.

Do tienen de esperar la demás gente
Que sube por raudales inquietos,
Porque por agua y tierra juntamente
Procuren de hacer buenos efectos:
Rompen pues espesuras, do la frente
Seguía por juicios mas discretos,
Y sin mantenimientos y sin guías
Tardaron en salir bien ocho días.

Viejo valor y el que de nuevo vino
Nunca pensó salir de la jornada,
Porque con hambre y el sudor continuo
La gente se sentía fatigada;
Pero mediante Dios y su buen tino
Llegaron a la tierra deseada
De Chimila, provincia bastecida;
Donde hallaron copia de comida.

Después para llegar do pretendía
El campo, y a esperar los barcos pare,
Río de Ariguani tomó por guía,
Y por aquel se fué hasta Cazares:
Salen de la montaña que tenía
A tierra que el camino les declare;
Llegaron por hacer aqueste trueque
A las lagunas de Tamalameque.

Los indios de la tierra, como vieron
Gentes de quien ignoran pensamientos,
En las islas que tienen se metieron
Con hijos y mujeres y alimentos:
Desta causa los nuestros padecieron
Aquellos que padecen los hambrientos;
Dióse orden en que de paz se trate,
Y así dieron comida por rescate.

Apercebidos ya de buenas guías,
Prosiguen adelante sus carreras,
E ya pasados tres ó cuatro días
Vieron del río Grande las riberas:
Supieron que las otras compañías
Iban días había delanteras;
Despacharon canoa de improviso
Con indios de paz que les den aviso.

La canoa que fué, por ser lijera,
En menos de dos días los alcanza;
Mas ellos en volver do el campo espera
Hicieron ocho días de tardanza:
Entre tanto Viana, como era
Delicado varón y sin usanza
De padecer trabajo tan austero,
Allí vido su día postrimero.

Hizo la diligencia que es aneja
A quien de los presentes se desvia:
Conoce su maldad, de sí se queja
Con las palabras que David decia,
Y a San Martín y a Céspedes les deja
Los cargos y poderes que él traía:
Saavedra recibe descontento
De que en ellos hiciese nombramiento.

Este fué gentil hombre de buen gesto,
Mancebo generoso de Sevilla,
Mas no tan corregido ni modesto
Que rehusase siempre la rencilla;
Y así determinó de estorbar esto
Moviendo para ello la cuadrilla,
Y a los que vienen en los bergantines
También solicitó para sus fines.

Y dijo: «No será razón liviana,
Antes juicio de varón discreto,
Decir que el nombramiento de Viana
Es en sí todo de ningún efecto;
Porque Lerma con intención cristiana,
Y a cuyo mandamiento me someto,
Quiere que eclesiástico prudente
Sea siempre cabeza de su gente.

«Aquí tenemos a fray Pedro Zarco,
De tan buenos avisos y tan doto,
Que de quien manda en tierra y en el barco
Puede ser la cabeza y el piloto;
Es hombre de valor, de peso y marco,
Y como tal le quiero dar mi voto:
Que tanto capitán, tanto tronido,
No pueden llevar campo bien regido.»

A unos pareció bien la demanda,
Y en otros también hubo repugnancia;
Mas los que Sanctos tiene de su banda
Hacían en el caso gran instancia,
Y el Céspedes les dijo con voz blanda:
«Señores, por ser cosas de substancia,
Por hoy el nombramiento se detenga,
Y mañana bareis lo que convenga.»

El alboroto dicho va quieto
Con lo que Juan de Céspedes les pide,
Hablan los capitanes en secreto
Con Alonso Martín que el caso mide,
Y quedan concertados en efecto,
Que Rodrigo Liño los convide
En su barco a comer día siguiente,
Y a Sanctos de Saavedra juntamente.

Llegada ya la general cubierta
Ansí de feo como de lo bello,
Entre los capitanes se concerta
El modo que ternán para prendello,
Sin haber alboroto ni reyerta
De parte de los que le dan resuello,
Pues Sanctos de Saavedra, aunque liviano,
Tenía mucha gente de su mano.

Pero los capitanes y el Quiñones,
Por quien se concertaban estos tratos,
Estaban hartos de sus sinrazones,
Menosprecios, solturas, descatos,
Y tenellos en tales opiniones
Como si fueran unos insensatos:
Lo cual ellos con el que los avisa
El enojo mayor echan en risa.

Y agora, por estar determinados
A que se haga dellos justa cuenta,
Secretamente hablan á soldados
Que en número serian como treinta,
De quien vivian ellos confiados
Ser buenos hombres en cualquier afrenta;
Y con aviso como convenia
Esperaban la clara luz del dia.

Después que descubrió la frente clara
Y sus rayos aquel señor de Delos,
La gente prevenida se repara
De municion y fraudulentos velos,
Pues por las apariencias de la cara
Nadie pudiera concebir recelos;
Y el Quiñones llamó con gran sosiego
A Luis de Manjarés que vino luego.

Y díjole: «Señor, es mi demanda,
Y destos caballeros congregados,
Que vuestra merced vea la otra banda
Con dos ó tres docenas de soldados;
Haga la lista Pedro de Miranda
De los que por vos fueron señalados:
Veréis qué poblacion dentro se encierra
Y qué dispuscion tiene la tierra.»

Luis de Manjarés que dello gusta,
Sin sospechar los trances rigurosos,
Como le pareció demanda justa
Nombró treinta soldados animosos,
Los cuales se metieron en la fusta,
Y acertaron á ser los sospechosos:
El Alonso Martin les pasó el rio,
Y luego se volvió con el navio.

Vuelto Alonso Martin, llegó Líaño
A Sanctos que sospecha no tenia
De donde le pudiese venir daño,
Y díjole: «Holguémonos un dia
De cuantos trabajamos todo el año,
Y vuestra merced tenga compañía
A estos caballeros y soldados,
Que son en mi navio convidados.»

«Bien veo mi convite no ser dino
De personas de vuestras cualidades,
Pero no faltará bizcocho y vino
Guardado para las necesidades;
También tenemos lonjas de tocino,
Y demás desto buenas voluntades,
Cecinas y tasajos de ternero,
Y si quisierdes mas por buen dinero.»

Rióse Saavedra como angosto
De sienes, y aceptó mala comida,
Porque no le sabia mal el mosto
Con quel dicho Líaño lo convida;
El cual no lo gustó, pero su costo
No menos se pagó que con la vida:
Entró pues el mancebo sin ventura
En el barco que fué su sepultura.

Tenian como suele comunmente
Debajo la toldeta mesa puesta;
En medio le hicieron que se asiente,
Mas no para hacelle mayor fiesta,
Pues Juan de Céspedes incontinente
Asió del arma quel hacia presta;
Cargaron cuantos son á la batalla
Del espada que nunca quiso dalla.

Céspedes le requiere muchas veces
Le dé las armas sin gastar razones;
Responde: «No os conozco por jueces,
Sino solo á Cristóbal de Quiñones;
Porque vosotros sois unos soeces,
Villanos y de malas intenciones.»
Al fin Quiñones le tomó la espada
La guarnicion torcida y aun quebrada.

Oyendo los de tierra las recuestas,
Acuden todos con sus municiones;
Mas Alonso Martin tenia prestas,
Con recelo de las alteraciones,
En su navio copia de ballestas
Armadas con saetas y arpones;
Y así tienen por bien estar á raya
Sin pasar adelante de la playa.

Como pararon los de la ribera
Viendo las amenazas peligrosas,
Ponen al pobre Sanctos en collera,
Las manos apretadas con esposas;
Hacen informacion de cómo era
Un hombre de costumbres sediciosas,
Toman de sus delictos seis testigos
De aquellos que le son menos amigos.

Hecha la informacion desta manera,
Mas llena de rencor que de paciencia,
Quiñones sentenció que luego muera,
Y el Sanctos apeló de la sentencia;
Mas como la pasion fué medianera,
No le bastó razon ni diligencia:
Finalmente, fué muerte de garrote
La paga del convite y el escote.

Confesó con un padre lusitano,
Viendo de sus contrarios el intento,
Y no tener amigos á la mano
Que mitigasen este movimiento:
Murió como católico cristiano
Y grandes muestras de arrepentimiento,
Y aunque en morir fué poca la tardanza,
Dió de su salvacion buena esperanza.

A tierra lo sacó contrario bando,
Manifestándose nuevos editos,
Con voz de pregonero pregando
No sé qué desvergüenzas y delitos,
Para que los subyectos á su mando
Supiesen que constaban por escritos:
Dejáronlo sobre la arena blanda,
Hasta venir los de la otra banda.

Después que Manjarés ovo venido
De donde fué con treinta compañeros,
Tomó tanta pasion cuando lo vió,
Que llamó de bellacos, carniceros,
Cuantos en lo matar habian sido,
Alevosos y malos caballeros,
Y que sin quedar uno ni ninguno
Lo hará conocer á cada uno.

Mostró cada cual dellos sentimiento
Oyendo las palabras atrevidas,
Y quisieran ponelles escarmiento
Si pudieran hacello sin heridas;
Mas disimulan el atrevimiento,
Por no perder allí todos las vidas,
Pues si se comenzaran los maitines
Sus horas no tuvieran buenos fines.

Porque todos los mas del estandarte
Sentian de lo hecho grave pena,
Y el Manjarés tenia de su parte
La gente principal y la mas buena:
Y así, viendo la cosa de mal arte,
Su disimulacion quedó mas llena,
Poniendo de por medio su cordura
A la temeridad y á la soltura.

San Martin y Cristóbal de Quiñones
Riñen á Manjarés su desatino
Debajo de amistad, y sus razones
Bastaron á metello por camino;
Y así se quietaron corazones
Dispuestos á terrible torbellino,
Y pasada la furia deste fuego,
Nunca tuvieron mas desasosiego.

Antes pues que la noche se viniese,
Por todos sus amigos se procura
Que al miserable cuerpo se le diese
Cubierta de terrena sepultura,
Y allí fray Pedro Zarco que hiciese
Lo que debe hacer el docto cura;
Al cual no le faltaba sentimiento
Por ser la causa de su perdimiento.

Llevó su cuerpo gente generosa
Al sepulcro que ya tienen abierto
Debajo de la ceiba mas umbrosa
Que pudieron hallar en aquel puerto;
Y encima del sepulcro ponen losa,
Por donde su lugar fuese mas cierto,
Para lo trasladar en algun dia,
Y allí pusieron letra que decia:

Aquí vió postrero día
Un Sanctos de Sayavedra:
Queda debajo esta piedra
Muerto por quien lo temia.
No hace su causa blanda
Ni carece de demencia
El que toma competencia
Con la persona que manda.

A las exequias tristes dados fines,
Otro dia después deste siguiente,
En orden se pusieron bergantines
Y embarcan los caballos y la gente,
Para poder pasar á los confines
De la ribera que tienen enfrente,
Que después se llamó de Cartagena,
Éntrel rio de Cauca y Magdalena.

Estando todos ellos en la banda
De tierra que tenían por mas harta,
Junta de capitanes que los manda
Ordena que la gente se reparta:
Van los de tierra pues en su demanda;
Vuelven los de la mar á Santa Marta,
Donde de los rancheos que habian hecho
Llegaron todos con algun provecho.

Los otros van por entre los dos rios,
El Grande y el de Cauca, que se llama
Hoy de San Jorge, cuyos señorios
Fueron mucho menores que la fama,
Pues no ven tanta copia de buhios
Cuanto noticia de indios encarama;
Mas si pasaran el de Cauca sanos
El Centu les hinchiera bien las manos.

Adonde después los de Cartagena
En tierra de compás inhabitable,
Hallaron, sin haber natural vena,
Riqueza de valor inestimable,
En sepulturas, de que estaba llena,
Con mortandad á vivos agradable;
Pues hubo de lo que por cuenta vino
Setecientos mil pesos de oro fino.

Mas estos, puesto caso que noticia
Alguna se les dió destas culturas,
No les fué la fortuna tan propicia
Que cayesen en estas sepulturas;
Antes los consumia la malicia
De malos aires, grandes espesuras,
En cuyos arcabucos y conveses
Gastaron mas espacio de ocho meses.

En montes era la mayor sustancia,
Garrapatas, mosquitos y otras plagas,
Y destas ocasiones abundancia
De crúeles y encarceradas llagas,
Adonde no prestaba vigilancia
En abrasallas con ardientes dagas:
Ansimismo do quiera que dormian
Murciélagos en vida los comian.

Demás de no hallar mantenimiento,
Faltábales la sal, y es una cosa
Que no causa pequeño detrimento
En gente de salud menesterosa,
Pues de faltas en un descubrimiento
Es aquesta la mas perniciososa,
Y así los cuerpos en aquellos puertos
Se hinchen de gusanos sin ser muertos.

Saliales á todos mucho grano
Con las alteraciones de un devieso,
Y dentro molestisimo gusano,
Aspero, peludillo y algo grueso:
Da voces y gemidos el mas sano,
Por ser aquel dolor en gran exceso,
Hasta que ya cayeron en la cura,
Que fué facil y no de mucha dura.

Pues de diaquilon un parche hecho
Sobre la hinchazon y carne flaca,
Hace la fuerza del tálamo provecho,
Que la mitiga y el gusano saca:
El duro torondon queda deshecho,
La pena quita y el dolor aplaca;
Y alguno me vendió por manifiesto
Que falta de la sal causaba esto.

Y aun aqueste mortal inconveniente,
De que los racionales se quejaban,
La bestia caballar también lo siente,
Pues los caballos todos se pelaban;
Comen y roen con rabioso diente
Cueros, ropas y cosas que topaban,
Hasta lamer con esta golosina
La tierra do derraman el orina.

Como se viesen pues menoscabados
Muchos caballos y españoles muertos,
En un parecer son determinados,
Y fué volver á los marinos puertos:
Flacos, perdidos, mal aderezados,
Pusieron en efecto los conciertos:
Balsas por ellos hechas dan avio
Para pasar el caudaloso rio.

Pasaron sin que hallen resistencia,
Y á Santa Marta por aquel instante
Enviaron de la real audiencia
Un oidor, que fué el doctor Infante,
Para tomar al Lerma residencia;
El cual halló la tierra de menguante
Y al gobernador García de Lerma
En cama, su persona mal enferma.

Aquesta residencia proveida
Se hizo pregonar luego que vino,
Mas apresuró Lerma su partida
Para la dar ante el juez divino,
Huyendo los trabajos desta vida
Por pasos de católico camino:
Quedando por su fin desconsolados
Todos estos vecinos y soldados.

Por ser en sus costumbres tan modesto,
Que no supo, con ser un hombre claro,
Decir mala crianza ni denuesto,
Ni quiso de sus bienes ser avaro;
Facil en perdonar, y demás desto
Los pobres lo tenían por amparo:
Allí tuvo de oro buena suerte,
Pero sin él al tiempo de su muerte.

Ordenan pues aquel enterramiento
Los hombres nobles y el doctor Infante,
El cual fué con mas tierno sentimiento
Que con vistosa pompa ni pujante;
Y encima del humilde monumento
Puso dos versos un estudiante,
Cuyas palabras breves y funestas,
Segun algunos dicen, fueron estas:

*Terrestri lecto dormis nunc optime Lerma
At tua non somno fama sepulta manet.*

En esta terrestre cama
Duermes, García de Lerma;
Mas no conviene que duerma
En ella tu buena fama.

Cuando venian pues los del entrada
Buscando de comer por el camino,
Los visitó con paz enmascarada
Alonso, principal indio ladino,
Persona por allí bien señalada,
Que de Tamalameque fué vecino;
Y este les dijo si querian grano
Fuesen á Sopatin, pueblo cercano.

Y aunque tenían poco de presente,
Suplirian los indios su penuria,
En tanto que pasaba la creciente,
Por entrar el invierno con gran furia:
Entró pues en acuerdo nuestra gente
Sin sospecha de padecer injuria,
Y acordaron por no ser tan molestos
De que se repartiessen en dos puestos.

En cumplimiento pues de lo que hablo
Se reparten los pobres peregrinos:
El Céspedes al valle del Diablo,
Donde los huracanes son continos,
Poniéndole los nuestros tal vocablo
A causa de los muchos torbellinos;
Y también dicen que Diego de Almonte
Luchó con él en este mismo monte.

Pues en una labranza de aquel suelo
Recogiendo virtud para la panza,
Se vino contra él un indezuelo
Diciendo: «No me cojas mi labranza».
Sobre lo cual los dos andan al pelo
Un rato, que no fué poca tardanza;
Y el Almonte, con ser hombre bastante,
Le pareció luchar con un gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha
A los principios bien pensó amarrallo;
Pero fuéle tormento de garrucha,
Y por bueno tuviera ya dejallo,
Porque durante la terrible lucha
Vido cómo tenía piés de gallo.
Dijo: «¡Jesus! ¡Jesus!» y en el momento
El indezuelo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada
A las débiles voces y al gemido:
Halláronle la cara rasguñada,
Ajeno de sus fuerzas y molido;
Y siendo la razon investigada,
Dijo lo que le había sucedido;
Y tiene hijos hoy aqueste hombre
En este reino, de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene
Céspedes do después sucedió esto,
Y porque tal renombre no conviene,
Val de San Bartolomé le fué puesto,
El cual renombre de presente tiene,
Y el otro se quitó por ser molesto;
Pero, pues acabamos el digreso,
Justo será volver a mi proceso.

El Juan de San Martín con el restante
En Sopatin entró, pueblo cercado
De cienagas que tiene por delante,
Bien proveídas todas de pescado:
Mostráronle los indios buen semblante,
Mas él siempre vivía recatado,
Tanto, que por los ver apercebidos
De sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,
Cercados de agua, faltos de comida,
Envían á buscar mantenimiento
Cuatro mancebos en edad florida,
Que por el agua van, con detrimento
Y no con poco riesgo de la vida,
A cierta poblacion que está frontera,
Sería media legua la carrera.

Tres de los cuatro van á pié ligero,
Y un Ocampo llevaba piés bestiales;
Mas antes de tomar pueblo frontero
Los cercan con sus barcas naturales,
Embistiendo con Pedro Cocinero,
Uno de los soldados principales;
Y el impetu fué tal y tan violento,
Que el misero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura
Apercebirse para su defensa:
El ánimo sobró, faltó ventura
Para que les suceda como piensa,
Porque su vida fué de poca dura,
Por ser los indios cantidad inmensa;
Y así fueron los miseros vencidos,
Y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, á quien esto fué visible,
Maldicen sus trabajos y fortuna,
A causa de que no les fué posible
Podellos socorrer en la laguna,
Y el riesgo do se vian ser terrible,
Sin hallar de canoas sino una
Capaz de dos personas solamente,
Sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese
Con dos valientes mozos nadadores,
Para que Juan de Céspedes viniese
A los librar de pérfidos traidores;
La cual determinaron que saliese
Cuando faltasen claros resplandores:
Fué pues en ella Francisco Salguero
Con un Pedro Martín su compañero.

A boga que no sienten los oídos,
En el plan las espadas sin rodela
Caminan, y desnudos de vestidos,
Con el obscuro nubló que los cela;
Pero con todo esto son sentidos
De bárbaros que hacen centinela:
Tocaron cuernos, dan grandes clamores,
Convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos
Oyeron el ruido y estampida,
Al Salguero contaban con los muertos,
Y al buen Pero Martín no daban vida:
Salieron mil canoas de los puertos
Contra los que se ponen en huida,
Los cuales viendo ya tales estremos
Acuerdan de los brazos hacer remos.

Y confiados en ayuda santa
A nado van los dos via derecha,
Huyendo del clamor que los espanta
Y hace su carrera mas estrecha:
Al Salguero hirieron en la planta,
De la cual luego se sacó la flecha;
Al fin cada cual dellos persevera
Hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia
Y riesgos y trabajos no crederos,
Encaminan sus pasos al estancia
Donde estaban los otros compañeros,
Que sería seis leguas de distancia,
Atravesando cienagas y esteros:
Llegaron pues á do se representa
Y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,
La cual no fué de flecha venenosa;
Y la necesidad reconocida
Do la tardanza fuera peligrosa,
El Céspedes abrevia su partida,
Que punto de la noche no reposa,
Sino que por camino mal seguro
Siempre fué caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento
De aquel que su victoria regocija,
Entró con belicoso rompimiento,
Sirviéndole la noche de cubija:
El cacique huyó de su aposento,
Pero prendieron la mujer y hija,
Y estas mujeres dos fueron capaces
Para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de día
Para las rescatar con algun trueque,
Diciendo que si mal se les hacia,
Era por indios de Tamalameque,
De los cuales Alonso fué la guía,
A quien reconocian por su jeque;
Y que creyesen y estuviesen ciertos
Qué no tenía culpa de los muertos.

Vió pues el San Martín blanca bandera,
Y conoció por ella buen efeto:
Dió las gracias á Dios por verse fuera
Del riesgo no dudoso ni secreto,
Porque si Céspedes no socorriera,
Dudaban escaparse del aprieto:
Al fin durmieron juntos, y otro día
Dan orden á lo que les convenia.

Ayudaron los indios al pasaje,
Y diéronles también comida harta,
De que hicieron buen matalotaje,
Mandando que por orden se reparta:
Prosiguieron después aquel viaje
Que se llevaba para Santa Marta;
Y eso me da en rodeos que en atajos
Innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,
Al tiempo que llegaron al Dorsino
Supieron de la muerte acelerada
De Lerma y residencia que le vino,
Fué nueva para ellos tan pesada,
Que cierto se volvieron del camino,
A no saber allí toda la sierra
Y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióles obra de villanos,
Sin uso de razon y gente dura,
No ir á socorrer á sus hermanos
En esta peligrosa coyuntura;
Pues si vinieran indios comarcanos
Abrieran para todos sepultura:
Llegaron pues setenta de los ciento
A tiempo que les dió sumo contento.

Dió luego residencia quien regia,
Y el golpe de la bolsa fué ligero,
Por llegar menos llena que vacia;
Pero toda la pena fué dinero,
Porque el doctor Infante mas lo habia
Por las botas que por el escudero;
Y así por vellos fiacos de costilla
Con menos que pensó volvió á su silla.

Mas luego como vino mandó fuera
Con gente y armas bien apercebido
Al diestro capitán Juan de Ribera,
Que nunca revolvió ni mas lo vido,
Por ser de Fedrimán en su bandera
Con sus soldados todos detenido,
Segun mas largo tengo declarado
En otra parte deste mi tractado.

Antes de se partir también habia
A tierra de caribes dirigido
Un cierto capitán dicho Mejía,
Su deudo, que con él era venido;
El cual dentro del tiempo que queria
Volvió de muchos indios proveido,
Y así como si fuesen de Etiopia
Este doctor llevó crecida copia.

Ningun indio rebelde hizo llano,
Por faltar militares aderezos,
Mas puso para ello de su mano
Por justicia mayor un Anton Bezos,
Que reconcilió lo mas cercano
Y deshizo no pocos estrompiezos;
El cual, aunque tenía feo nombre,
En todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron así desta manera,
Con subyeccion del ordinario yugo,
Hasta tanto que por aquella era
Al gran emperador don Carlos plugo
Dar por gobernador desta frontera,
A don Pedro Fernandez Luis de Lugo,
Del cual quiero tractar; mas determino
Descansar al principio del camino.

ELEGIA IV.

A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo; donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida.

CANTO PRIMERO.

Cosa de risa es, ó ya de lloro,
Desembarcarse gente chapetona
En las regiones indicas do moro,
Con gran autoridad en su persona,
Y cómo piensa luego cargar oro
En virtud de lo mucho que blasona,
Y otros que truecan para volver ricos
En cueras y jubones los pellicos.

Y así muchos ocupan los navíos,
Para mas adornar el mortal vaso,
De calzas, gorras, plumas y atavíos
De terciopelo, tafetán ó raso,
Que para las entradas son baldíos,
Y de quien bosques hacen poco caso,
Porque para romper el espesura
Poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende
Los negocios de Indias, y en España
Como si fuese pura verdad vende
Lo que sabemos ser acá patraña;
Y no sé con qué escusa se defiende
Aquel que tantos miseros engaña,
Haciéndoles creer que donde vino
Dejó montes cubiertos de oro fino.

T. IV.

Y así por mejorar su pasadía
Vienen mil hombres á peor estado;
E yo sospecho que por esta via
Fué don Pedro Fernandez engañado,
Persuadido, segun que se decia,
Por Francisco Lorenzo del condado,
Que de los de Bastidas fué primero,
Y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fué después casada
Con Céspedes, varon de cuyos hechos
En este nuevo reino de Granada
No pueden sus enojos ser estrechos:
Dejó generacion multiplicada,
Que por herencia tiene sus provechos,
Ganados con valor de su persona
En servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento
Y fama de la hermana de María,
El don Pero Fernandez, cuyo intento
Fué siempre de cristiana hidalguía,
Demandóla por adelantamiento,
Demás del de Canaria que él tenia:
Fuéle por nuestro rey la merced hecha,
Y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,
Como coadyutores del armada,
Luis Bernal y Gomez de Corrales
O del Corral, persona señalada,
Y Albaracin con otros principales,
Que fueron de la gente mas granada,
Deste reino también descubridores,
Aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos
Con otros treinta y cinco de la era,
Con mas de mil soldados escogidos
Procuró de pasar esta carrera,
Con tantas variedades de vestidos
Como flores produce primavera:
Capitanes, alféreces, sarjentos
Y soldados con ricos ornamentos.

Fué general, por ser hombre bastante,
Su hijo don Alonso Luis de Lugo,
Y de lo ver con cargo semejaute
A ninguno del campo le desplugo;
Pero, como diremos adelante,
Para su padre cuasi fué verdugo
En lo dejar sin oro ni vajilla,
Huyendo dél la vuelta de Castilla.

Fué justicia mayor el licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon en varias letras señalado,
El cual por su valor en el espada
Pudo llegar á ser adelantado
En este nuevo reino de Granada;
Y sé decir quel adelantamiento
Era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina
Por maese de campo se pregona:
Don Diego Sandoval en él resina
El cargo con que vino su persona;
Fué capitán por ser persona dina
Ansimismo don Diego de Cardona;
También lo fué Diego Lopez Haro
Y Gonzalo Suarez, varon claro.

Don Pedro Portugal mando tenia
Y Alonso de Guzmán, hombres enteros,
Cada uno con su capitania
Y en ellas valerosos caballeros,
Que tela de oro y plata los cubria,
Donde gastaron suma de dineros:
Vinieron otros hombres eminentes
De los cuales muy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincon Barriga,
Pero Niño y Bartolomé Canacho,
De cuyo valor mucho que se diga
Se dirá con verdad y sin empacho,
Pues cualquier dellos en mortal fatiga
Varon insigne fué con ser muchacho:
Vive por consiguiente Miguel Sanchez,
Terror grande de musos y de panchez.

49